

# PENTECOSTÉS, COMUNIDAD LLEVADA POR EL ESPÍRITU

CAM 3  
Quito, agosto de 2008

Basta una rendija para que el viento pueda colarse en la habitación. Que el Espíritu Santo encuentre esa rendija en nuestras comunidades para poder renovarlo y refrescarlo todo.

Basta una brisa para que el piloto experto despliegue las velas. Que nuestras comunidades se dejen impulsar mar adentro por la brisa del Espíritu.

El cristiano y las comunidades son conducidos por el Espíritu Santo en una doble orientación:

- Hacia el Padre. Contemplemos la oración filial de Jesús diciendo *Abbá*; miremos como discípulos cuándo y cómo ora Jesús. Sintamos que el Espíritu Santo nos impulsa a lo mismo.
- Hacia los hombres. La misión, expresada en la lectura del primer Pentecostés (*He 2,1-11*) nos lleva a reconocer que Padre nos hace sentir al prójimo como hermano, con quien debo sentirme coheredero en Cristo, y darle este anuncio para caminar junto a él.

“He visto al Espíritu descender del cielo... y permanecer sobre él” (*Jn 1,32*).

En el centro del Plan divino de Salvación están Cristo y su Iglesia (cf. *LG 2*).

La Iglesia fue “preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento”, donde el designio de Dios de salvación comienza a realizarse y visibilizarse históricamente en la vida y en la estructura social y religiosa de un pueblo.

La Iglesia fue “constituida en los últimos tiempos”, es decir, por medio de todo el acontecimiento de Dios en Jesucristo, desde su nacimiento, en su actividad y en particular el llamado a los discípulos, por su muerte y resurrección, hasta el don del Espíritu Santo a los testigos del Resucitado. La Iglesia concebida en la comunidad de discípulos de Jesús, es dada a luz en Pentecostés.

Jesús de Nazaret, Hijo del *Abbá*, ungido por el Espíritu se presentó en medio de su pueblo como el testigo que anunciaba el Reinado de Dios, es decir, su venida salvadora por la fuerza del mismo Espíritu. Pero también anunció el don escatológico del Espíritu a la comunidad mesiánica.

La Iglesia fue concebida visiblemente, como una comunidad histórica portadora y testigo del Misterio del Reino de Dios, cuando Jesús, junto al lago de Galilea, eligió y llamó a Simón, Andrés, Santiago y Juan. Ya desde su gestación la Iglesia es *comunidad* que se realiza en la comunidad de discípulos de Jesús.

La comunidad continuó creciendo cuando un número mayor de hombres y mujeres, de distinta extracción, siguieron el camino del *discipulado* en la entrega completa al Evangelio del Reino, la conversión radical a un nuevo orden de vida, la reunión en una comunidad de hermanos y hermanas compartiendo la suerte de Jesús. La Iglesia es *familia* de Jesús.

Sus miembros fueron tomando forma para la misión cuando Jesús eligió a los Doce, y luego a Simón Pedro. La Iglesia es *apostólica*.

El primer envío misionero de los Doce y de los 72 hizo percibir los signos de vida de un cuerpo que comienza a moverse. Desde sus inicios la Iglesia es esencialmente *misionera*.

La Última Cena de Jesús con sus discípulos constituye el momento culminante de esta gestación. Allí Jesús entrega a los suyos la liturgia eucarística de su Muerte y Resurrección. La Última Cena anticipa la Pascua y la presupone necesariamente. El memorial de la Pascua que Jesús manda celebrar a los apóstoles los unirá a Él, y por tanto también entre ellos; Cristo, de este modo, en la Cena los hace Iglesia, la que deberá vivir unida en un amor como el suyo. La Iglesia es *eucarística*.

La Pascua constituye la gran comunicación de Vida a la Iglesia por el poder de Dios, manifestada por la sangre y el agua que manan del costado abierto de Cristo crucificado. La Iglesia siempre será *comunidad pascual*.

Los días que siguieron prepararon el alumbramiento. Son los días de las últimas instrucciones de Jesús a los suyos y de la renovación de la Promesa del Espíritu Santo.

En la Ascensión la comunidad de discípulos supo por la voz de Jesús que había llegado la hora del parto, de salir al mundo y cumplir una misión en él: “Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28,19-20). La misión de la Iglesia es *universal*.

#### “Fue en Pentecostés cuando empezaron los hechos de los Apóstoles” (AG 4)

En Pentecostés es dada a luz la Iglesia, es “manifestada por la efusión del Espíritu Santo”. La Iglesia nace en el Cenáculo, lugar eucarístico. La Iglesia naciente es la comunidad orante junto a María, que por voluntad de Jesús es también su Madre.

El misterio de Pentecostés vincula a la Pascua, y es como una prolongación y consumación de ésta. El mismo Pedro lo explica en la primera homilía de la Iglesia naciente (He 2,14-36): Jesús crucificado, en virtud de su resurrección proféticamente anunciada, ha sido constituido por Dios como Cristo y Señor, sentado a la derecha del Padre. Así, exaltado por el poder de Dios, ha recibido del Padre el don del Espíritu, que es la gran Promesa reservada para los tiempos mesiánicos, y lo ha derramado sobre los suyos. Este anuncio será para siempre el anuncio fundamental de la evangelización. La Iglesia es *kerygmática*.

San Lucas refleja la existencia de una continuidad dinámica entre Jesús y la Iglesia en el libro de los *Hechos* como prolongación de su Evangelio. El Espíritu que engendró a Jesús en el seno de María, da a luz a la Iglesia en Pentecostés; al igual que

condujo a Jesús en su ministerio después de la unción en su bautismo, desde Galilea a Jerusalén (*He* 10,38), anima el apostolado de la Iglesia desde Jerusalén hasta los confines de la tierra (1,8).

Para los *Hechos*, el Espíritu Santo es de suyo el *Protagonista* de la obra evangelizadora de los apóstoles y sus colaboradores, que asegura la expansión de la Iglesia. Su papel consiste en actualizar y extender la salvación lograda en y por Cristo mediante la predicación y el testimonio apostólico. Siempre se atribuye la salvación a Cristo, la que se nos comunica en su “Nombre”, es decir, por su virtud (4,12.29-31).

El Espíritu Santo es un don del Señor glorificado (2,33). La venida del Espíritu Santo sobre todos los que aceptan a Jesús está vinculada con los ritos del bautismo (2,38) y de la imposición de manos (8,15-19; 19,6).

Su acción se manifiesta en signos y prodigios como el don de lenguas (2,4), de sabiduría (6,10), de profecía (11,28). Es el Espíritu que ha inspirado las Escrituras, que habló por boca de los profetas (28,25), quien hace comprender ahora su sentido cristiano (1,16; 4,25; 7,51).

Por el Espíritu se realiza la *misión* de la Iglesia. En los *Hechos de los Apóstoles* vemos cómo el Espíritu Santo precede, acompaña y dirige de diversas maneras la acción apostólica:

- por la *palabra* dirigida a los apóstoles para guiar su tarea evangelizadora (10,19; 11,12; 13,2; 20,23; 21,11);
- por la *predicación* y el *testimonio* apostólicos: ya sea ante el pueblo (2,4; 4,8.31), como ante el mismo Sanedrín que intenta prohibirles anunciar a Jesús (5,32);
- por el *bautismo*: que otorga la gracia no solo al pueblo de la Antigua Alianza, sino de un modo universal, a los gentiles (10,44-45; 11,15), al eunuco (8,29.39);
- por la *evangelización* de los pueblos: el Espíritu Santo guía en la obra misionera, conduciendo a los discípulos y señalando los territorios de misión; escoge a Bernabé y a Saulo para la misión en Chipre (13,2-4), a Pablo y Timoteo para la misión en Asia Menos (16,6-7);
- por el *gobierno de la Iglesia*: instituye a quienes han de gobernar la comunidad (20,28). Los apóstoles dan testimonio de la presencia real del Espíritu en ellos al encabezar el decreto del Concilio de Jerusalén con las palabras: “El Espíritu Santo y nosotros mismos hemos decidido...” (15,28). Las palabras de los apóstoles muestran que son conscientes de la asistencia personal del Espíritu Santo en ellos guiando la historia de la primera comunidad cristiana.

“El verdadero misionero es el santo” (*RM* 90)

San Pablo nos enseña que el Espíritu Santo es el principio de la Vida nueva en Cristo. La vida nueva del cristiano es transformación interior a imagen del Hijo, incorporación a Cristo resucitado por la fe (cf *Rom* 3,25-26) y el bautismo (6,4), gracias a la acción interior del Espíritu Santo como principio de una vida propiamente divina: “Ustedes no están animados por la carne sino por el espíritu, dado que el Espíritu de Dios habita en ustedes. El que no tiene el Espíritu de Cristo no puede ser de Cristo” (*Rom* 8,9). Cuando el Espíritu Santo “toca” a alguien, lo hace partícipe de la Santidad de Dios, y puede llamarse verdaderamente “santo”.

La *vida en el Espíritu* es lo mismo que la vida en Cristo (cf *Gal 2,20; Rom 8,1-2*). Los hombres somos redimidos y salvados por Cristo en cuanto que él, por su muerte, nos ha obtenido la salvación (*Rom 5,6-11*), que ahora se nos comunica por el Espíritu Santo (*Rom 8,11.23*), quien derrama en nuestros corazones el amor de Dios (*Rom 5,5*). El amor de Dios, Dios Amor en nosotros, nos impulsa a amar como Él ama, con un horizonte universal, para que todos puedan llegar al gozo de sentirse amados por Dios. El Espíritu Santo infunde en nosotros un *amor misionero*.

La comunicación del Espíritu Santo es un don del Padre que se realiza por Jesucristo en el bautismo (*Ti 3,4-7*), y es principio de una vida nueva, divina, que hace al cristiano templo de Dios (*1 Cor 6,19*). “Ustedes han sido purificados, santificados y justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por Espíritu de nuestro Dios (*1 Cor 6,11*). Es allí, en lo más profundo del alma, donde experimentamos esta hermosa realidad de la presencia santificante del Espíritu Santo, que nos permite vencer las tempestades superficiales de la vida y sentir la alegría de la vida en Dios. Esta paz y esta alegría profundas se irradian vitalmente hacia afuera en la presencia, los gestos, las acciones y las palabras del cristiano “santificado”. La gracia del Espíritu nos hace capaces de transformar la atmósfera de nuestros ambientes enrarecida por el pecado; *la gracia nos hace misioneros*.

El Espíritu que habita en los cristianos los impulsa a *obrar* de un modo nuevo, no gobernados por una ley que conduce a la muerte, (*Rom 8,2.14-17; Gal 5,1.18-25*). La moral y la espiritualidad cristiana es vivir según el Espíritu. La fuerza del Espíritu nos permite, como a Jesús, “pasar haciendo el bien”, y *el bien es contagioso, es testimonial, es misionero*.

Del Espíritu vienen también todos los *carismas* de la experiencia cristiana (*1 Cor 12,4-11*). Los carismas son dones espirituales concedidos por Dios que nos permiten vivir una experiencia religiosa de especial intensidad, haciéndonos capaces de comunicar esa experiencia a otros. Los carismas son tanto más preciosos cuanto más contribuyen a edificar la Iglesia (*1 Cor 12,7; 14,4-19*). Siempre los carismas son “de utilidad pública”; *los carismas nos son dados para la misión*.

La nueva creación nacida del Espíritu no es sólo cada cristiano en particular sino es también la *Iglesia*. La Iglesia es Templo del Espíritu. San Pablo nos dice que lo es la comunidad local (*1 Cor 3,16-17*), pero también lo es la Iglesia universal (*Ef 2,22*). Aunque siempre necesitada de purificación, la Iglesia es *santa* por la presencia santificadora del Espíritu Santo en ella, y porque su misión se ordena a la santidad haciendo que la Buena Nueva se difunda a través de esos frágiles instrumentos que somos nosotros, discípulos misioneros.

El Espíritu opera la *unidad* del Cuerpo eclesial (*1 Cor 12,13*). Es Espíritu de *comunión* que, derramando en los corazones el don supremo de la caridad (*1 Cor 13; 2 Cor 6,6; Gal 5,22*), reúne a todos en la unidad (*Ef 4,3-4; Flp 2,1*). Si recordamos que Jesús había dicho a los Doce que la unidad es condición para la eficacia de la misión: “Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea” (*Jn 17,21*), entendemos que la *comunión*, participación de la *Vida trinitaria*, es para la *misión*. La Iglesia es *Misterio de comunión misionera*.

En el Espíritu conocemos a Cristo y confesamos que “Jesús es el Señor” (*1 Cor 12,3*), oramos a Dios (*Rom 8,26*) y lo podemos llamar “*Abbá, Padre*” (*Rom 8,15; Gal*

4,6). El acceso al Padre nos hace sentir familia de Dios, llamados a convocar a otros para vivir por el Espíritu Santo esta magnífica realidad y experiencia de filiación y fraternidad. *Ser hijos de Dios es ser también misioneros.*

La acción del Espíritu consiste finalmente en darnos *acceso a Dios Padre* (Ef 2,18), en el presente introduciéndonos en la profundidad de su Misterio, comunicándonos los secretos de Dios (1 Cor 2,10-16), pero guiándonos también al encuentro eterno. En el Evangelio de Juan se presenta como fin último de la misión (de Jesús y de la Iglesia) el hacernos partícipes de la comunión que existe entre el Padre y el Hijo (cf. Jn 17,3). El Concilio Vaticano II nos enseña que el Espíritu Santo “hace rejuvenecer a la Iglesia por la virtud del Evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: “¡Ven!” (cf. Ap 22,17)” (LG 4). *Por la misión el Espíritu conduce hacia la plenitud escatológica.*

### Pentecostés, comunidad llevada por el Espíritu

Por lo que hemos expuesto, vemos que hay una diferente presentación de la doctrina del Espíritu Santo en San Pablo con relación a los *Hechos*:

Los *Hechos* cuentan la intervención del Espíritu en el desarrollo misionero de la Iglesia hacia el exterior, al pueblo judío y *ad gentes*; mientras que Pablo considera ante todo lo que concierne a cada miembro interiormente, y es desde esta perspectiva que reflexiona sobre su actuación eclesial y evangelizadora.

Según los *Hechos*, Cristo envía el Espíritu a los discípulos para realizar su obra en la línea de la misión y la profecía. Según Pablo, el Espíritu Santo realiza en cada cristiano su ser nuevo en Cristo, por el cual cada cristiano es hecho miembro de Cristo y templo del Espíritu, y la comunidad eclesial es, por tanto, Cuerpo de Cristo y también ella es llamada Templo.

En los *Hechos*, la acción del Espíritu es constatable, carismática; para Pablo la acción del Espíritu, por ser santificación interior es ante todo objeto de fe, aunque también reconoce los carismas que son objeto de experiencia, si bien sabe él que gran parte de los cristianos no tiene la experiencia de dones extraordinarios.

Sin embargo, aunque desde diversas perspectivas, lo que tanto los *Hechos* como San Pablo nos han testimoniado y enseñado, es paradigma de la vida de cada cristiano, de cada comunidad y de la Iglesia en todos los tiempos, también los nuestros. Tanto Lucas como Pablo nos muestran un horizonte misionero universal, y al mismo tiempo nos dan una certeza: en la tarea no estamos solos, el Espíritu Santo nos seguirá dando, como en los tiempos apostólicos, la luz, la asistencia, la fuerza, los medios para desarrollar la misión. La lectura de los escritos de San Juan enriquece esta doctrina, aunque por las características de este trabajo no hemos profundizado en ella.

“Se es misionero ante todo *por lo que se es*, en cuanto Iglesia que vive profundamente la unidad en el amor, antes de serlo *por lo que se dice o se hace*” (*Redemptoris Missio*, 23).

El ardor evangelizador no es un entusiasmo humano, es un don del Espíritu, gratuito e inmerecido como lo fue el primer Pentecostés, pero que debemos pedir con nuestra oración constante, y al que debemos disponernos con todo nuestro ser.

“Hoy también el Espíritu del Señor llena la tierra y la Iglesia. Renueva el rostro de las personas. Creemos en la irrupción del Espíritu sobre niños y ancianos, varones y mujeres (*He 2,16-20*). Dios lo está derramando para una renovación de la Iglesia y de la humanidad. El Espíritu obra desde dentro, impulsa y vivifica como hizo con Jesús en el Bautismo, en el desierto y en el anuncio del Reino (*Lc 3,22; 4,1.14.18*); como hizo en la comunidad reunida con María y los apóstoles, a la espera de la "Promesa de Dios" (*He 2,14; Lc 24,49; He 1,8*)”.

“Dejarse llevar por el Espíritu es acoger la nueva llamada misionera de la Iglesia actual y sus propuestas para el mundo de hoy. Es atreverse a estar en todos los espacios de nuestra sociedad, participar de los gozos y preocupaciones de las personas, a veces más allá de nuestros esquemas y expectativas. Dejarse llevar por el Espíritu es amar apasionadamente a Jesús, y en Él a todos los seres humanos, en especial a los pequeños, a los que sufren, a los excluidos. Es también abrirnos a todas las religiones y culturas, donde el Espíritu está actuando por caminos desconocidos por nosotros. Es esperar la novedad que Dios tiene para esta humanidad que Él ha creado”. (*CAM 3, Instrumento de trabajo, 16-17*).

## Textos

CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium* 4; *Ad Gentes* 4: La Misión del Espíritu Santo.

JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, cap. III (n° 21-30): El Espíritu Santo Protagonista de la Misión.

V CONF. GRAL. EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Doc. Aparecida* 4.4: Animados por el Espíritu.

CAM 3, *Instrumento de trabajo*, cap. 4 (n° 118-168): Pentecostés. Comunidad llevada por el Espíritu

*Luis Armando Collazuol*  
*Obispo de Concordia, Argentina*

[Regresar a Página de Homilias – Cartas – Mensajes](#)